

¿Derrota de la izquierda?

ELOI LENGAND

Después de las explosiones de júbilo que marcaron el acceso al palacio del Elíseo de Mitterrand y la confirmación masiva de esa victoria socialista en las legislativas de junio, uno hubiera podido imaginar que el proceso socialista se realizaría con la participación activa de la mayoría de los franceses. Ahora, por el contrario es posible constatar cierta indiferencia, cierta atonía de los electores ante lo que está pasando en su propio país. Las elecciones del mes pasado son un indicador. No digo que haya manifestación contraria, ya que la oposición se ha quedado a pesar de sus últimos éxitos electorales en búsqueda de su nueva identidad. Los sindicatos se han limitado a una espera simpatizante, manteniendo la necesaria paz social, pero sin manifestar una real movilización.

Lo que apreciamos es una franca pasividad frente a un proceso que pretende revolucionar al país. En efecto administrar una crisis tal como puede proponerse una experiencia socialdemócrata no necesita muchas explicaciones, sino la habilidad de navegar entre los múltiples descontentos sin llegar a provocar una interrupción del proceso económico por ruptura de la paz social o por desconfianza del inversionista. El proyecto francés se inscribe en la ruptura con el capitalismo para dar paso a una sociedad más abierta y menos injusta. Al querer cambiar la sociedad y no contentarse con mantener lo que existe, se presenta una necesidad constante de justificar sus opciones para ser comprendido, para convencer y para conseguir así un apoyo activo. Es una necesidad para salir adelante; de allí el interés de examinar por qué no se ha manifestado todavía ese apoyo activo.

Esas razones las buscaré en primer lugar en el nivel global, digamos en el elector partidista que ha sumado su voto a la izquierda; luego entre la gente de la misma mayoría, el activista o al menos simpatizante del partido comunista; y finalmente en el activista o simpatizante del partido socialista.

EL ELECTOR DE IZQUIERDA

En el elector no partidista, cómo se percibe el resultado de su voto? Si se encontraba entre los desfavorá-

dos económicos, entre los asalariados limitados al salario mínimo, o entre los jubilados o cargados de una familia numerosa, las primeras medidas le han sido provechosas, así como otras fueron desfavorables para los sectores más adinerados (por ejemplo: el impuesto sobre la fortuna). Pero el francés que se encuentra entre esas dos categorías no tiene de qué sentirse satisfecho: el aumento de la cotización del seguro social no era ninguna medida popular; más grave todavía, el impuesto excepcional para alimentar el fondo de indemnización para el desempleo, al excluir de su aplicación a los funcionarios, además de ser visto como oneroso, tendría que ser calificado de injusto. La situación de los sectores medios, con la reducción del abanico de los recursos, se ha empeorado en relación al aumento constante del nivel de vida.

En la administración de una crisis es condición necesaria y suficiente la referencia a la austeridad. Por el contrario, en la administración de un cambio, tal como es el caso francés, se trata de explicar en qué los cambios propuestos son verdaderos progresos. Como decía el primer ministro, "cuanto más avancemos en el cambio, tanto más necesitaremos una pedagogía, una explicación del cambio" (Le Monde 15-2-82). Se trata de puntualizar cómo esos sacrificios facilitan la aparición de la nueva sociedad y, en ese sentido y antes de todo, de indicar algunos parámetros de esa sociedad por dibujar. Ahora bien, este esbozo no parece haberse realizado.

a) La política seguida hasta ahora de aumento de los impuestos y cotizaciones, parece responder a una voluntad de extender los servicios colectivos, restando a las remuneraciones directas. Pero esa deducción tiene un límite, y con este refuerzo de los servicios colectivos no se va a ampliar la actuación del estado y caer precisamente en una deformación por principio rechazada, de sobrevalorar el papel del estado?

b) El gobierno ha hecho la lucha contra el desempleo su caballo de batalla. Es normal que después de la aparente indiferencia de la anterior gestión frente a ese problema, un gobierno progresista quiera enfrentar esa plaga social. Pero en su inmediatez hay un

peligro serio para la economía en general, ya que esa insistencia puede frenar la competitividad internacional de las empresas industriales francesas. Pensando el problema a nivel sectorial, la alternativa podría ser: mantener todas las empresas débiles abiertas, cueste lo que cueste, o aceptar abandonar ciertos sectores ya no competitivos para proceder a una reconversión hacia las industrias del porvenir, con el riesgo de mantener el número de desempleados. Es decir, una sociedad de pleno empleo, pero de desarrollo bloqueado o una sociedad de alta técnica, de alta producción, pero con muchos hombres marginados del proceso productivo.

c) Las medidas tomadas recientemente de reducción del horario del trabajo, si bien constituyen un progreso social, no avanzan hacia su otra meta: la de asegurar el reenganche de desempleados, es decir, la de compartir el trabajo. Para lograr eso se hace necesaria una real reducción, no de 40 a 39 horas, sino de 40 a 35 horas. Pero el compartir el trabajo ha de estar acompañado de un compartir los recursos. Edmond Maire, responsable de una importante confederación sindical (la CFDT), muy bien lo ha percibido y lo ha aceptado; pero, como él mismo dijo, "la solidaridad no es automática, aunque uno sea elector de izquierda o sindicalizado" (Le Monde 26-8-81). El acceso a un tiempo libre más amplio podría interesar a más trabajadores de los que se puede pensar, con tal de que se les expliquen las líneas de ese nuevo comportamiento.

d) En esa línea, el mismo Maire habla de la posibilidad de crear un socialismo autogestionario. Por el logro de una mayor responsabilidad, el obrero podría aceptar frenar sus reivindicaciones económicas. Relanzar una política contractual activa, creando condiciones de una negociación permanente entre empleadores y empleados y desarrollar, por otra parte, un poder de información y de control sobre la marcha de la empresa, esas serían las dos grandes orientaciones del proyecto del ministerio del trabajo que permitirían a los asalariados reencontrar "la dignidad del hombre en su trabajo". En ese caso las exigencias de los cambios tecnológicos y los impe-

rativos de competitividad estarían mejor aceptados. Pero ¿es tan claro que por esa posible "democracia económica" los obreros están dispuestos a refrenar sus demandas en el terreno de los recursos económicos?

Por una parte se apunta a una sociedad más equilibrada donde el hombre pueda disponer de más tiempo y vivir una vida menos alienada y con más responsabilidad, y por otra parte se ve el anhelo de mantener cierto nivel de vida; más bien cierto nivel de consumo, que parece exigir un alto nivel de producción y una competitividad sin falla. La elección entre esas dos sociedades no está tan nítida; así la decisión de mantener la política nuclear del gobierno anterior, parece contradecir muchos proyectos de cambio.

EL ELECTOR COMUNISTA

Si nos dirigimos hacia el simpatizante comunista, encontramos que sobran también motivos para no movilizar-se. Su partido por fin ha llegado a colocar figuras en el gobierno y sus ministros tienen una buena actuación administrativa. Pero, a pesar de las declaraciones algo fanfarronas de G. Marchais, no han podido olvidar que entraron por la puerta chiquita y los socialistas se encargan de recordárselo.

No se movilizan porque su actitud refleja la situación incómoda de su partido: el PC había subrayado que sería catastrófico para él y para los trabajadores verse reducido al papel de una fuerza de apoyo; ahora bien esto es lo que ha ocurrido. El PC está en crisis. Como muy bien lo describió A. Duhamel, está en crisis en cinco aspectos: crisis de influencia, la más visible, puesto que ha perdido la cuarta parte de su electorado; y más todavía en las últimas elecciones; crisis de prestigio hasta en la misma clase obrera, para no hablar de su pérdida de audiencia entre los intelectuales, antiguamente compañeros de ruta; crisis de estrategia, ya que desde el 72 el PC ha modificado su posición varias veces sin conseguir frutos; de allí lógicamente, crisis de autoridad: el asunto de la Federación de París —la más importante del PC— y la expulsión de sus responsables es un indicador y la constitución por parte de los expulsados de "Encuentros Comunistas" se convierte en un polarizador nunca visto; y, para resumir todo, una crisis de identidad: la sociedad francesa y la sociedad internacional se han transformado; la demasiada lenta reacción del PC hace que hoy no puedan reconocer su puesto (Le Monde 27-12-81).

No se movilizan los miembros del PC porque el debilitamiento de su partido constituye un círculo vicioso: Saben que en el estado de debilitamiento en el cual se encuentran, todo movimiento popular de hoy llevaría más agua al molino socialista. De allí se explica cierta pasividad, tanto más cuando, al sumarse a la mayoría, ya no se trataría de una lucha en contra, sino de una lucha en pro, de una lucha para que la acción gubernamental salga bien, para que la experiencia llegue lo más lejos posible en la vía del socialismo democrático... No llegamos al extremo de decir que los militantes del PC desean un fracaso del poder actual. Decimos tan sólo que no quieren estorbar la experiencia; pero tampoco quieren favorecer todos los

desarrollos posibles, puesto que el crédito iría al PS. Si los comunistas hacen todas las concesiones necesarias para mantenerse en el gobierno (las rectificaciones frente a la situación polaca son un ejemplo), se complacen también en subrayar que el PC no es partido de gobierno, sino partido en el gobierno y, en consecuencia, no intenta proponer sino sostener y vigilar...

EL ELECTOR SOCIALISTA

Llegamos a nuestra última categoría; la del simpatizante y, más aún, la del militante socialista. Si ha sido relativamente comprensible la pasividad de los electores analizados hasta ahora, parecería más azaroso pretender esa misma actitud en los verdaderos vencedores

Buscar nuevos caminos implica siempre tanteos





**La sociedad no es una máquina
manejada desde fuera**

del 81, los militantes socialistas. Fuertes, con un presidente bien elegido y con una mayoría parlamentaria homogénea —sin hablar de las numerosas alcaldías que ocupan desde el 77— los socialistas se encuentran investidos hoy de responsabilidades que ni ellos, ni ningún otro partido, han asumido en toda la historia de la democracia francesa.

Ello es una suerte, porque en todos los niveles de la vida pública los socialistas ejercen el poder y además siempre han contado con amplias simpatías por parte de los funcionarios —aún en tiempo de oposición— beneficiándose de relevos eficaces y sin temer el sabotaje de sus propios servicios.

a) Es una suerte, pero también es una prueba: hace tiempo que los socialistas no han ejercido el poder del estado. Les faltan hombres de experiencia en la materia. Y esta es la primera contradicción: armados de textos numerosos sobre todos los sectores de la vida

social, los nuevos responsables político-administrativos se han sentido muy desarmados cuando se trata de transformar esas orientaciones en decisiones concretas. Aunque elijamos el ejemplo de sectores en los que ya se han tomado decisiones, en los debates técnicos y políticos se nota la ausencia de referencias operativas. Con facilidad se oyen entonces quejas por parte de los mismos socialistas en cuanto a la lentitud de la aplicación del programa; o cuando no, a la falta de competencia de algunos cuadros promovidos en el aparato estatal.

b) En la misma línea, pletórica de teoría, se han formulado muchas críticas al reformismo de la social democracia, pero sin poner en orden los ejes de la nueva reforma. Para resaltar la diferencia con una solución a la sueca, se ha hablado de revolución, aun con el calificativo de “tranquila”, se ha hablado de ruptura con el capitalismo, aun con la precisión de “gradual”. Pero todo no es tan sencillo y la experiencia francesa queda marcada con rasgos que han llevado a otras experiencias a la salida social-demócrata. Es notable, por una parte, que, al querer cuidarse del izquierdismo inclinado a valorizar la espontaneidad creadora de las masas, el gobierno socialista ha dado muestra de desconfianza para con una sociedad civil que sería demasiado independiente de la sociedad política. Es el caso por ejemplo de su comportamiento poco acogedor para con el movimiento ecologista.

Por otra, conscientes de la necesidad de mantener una industria competitiva, hay cierta aprehensión a dejar que se extienda una red autogestionaria que en demasiadas largas discusiones paralizaría las tomas de decisión. Otra vez en ese sector encontraríamos una tendencia del Estado a reservarse el máximo poder de decisión. Ese reforzamiento del Estado se entiende mejor, si tenemos en cuenta que, a diferencia de otros partidos socialistas europeos, el francés cuenta con una palanca sindical: de las dos grandes confederaciones, se conocen las simpatías de la CGT por el PC; la otra, la CFDT, aunque sumándose al izquierdista, defiende su propia autonomía. De allí que esta débil implantación en el sector productivo deba ser compensada y el recurso normal sea la vía del Estado.

c) Todo eso tendría como efecto normal ahondar la zanja entre los gobernantes con sus compañeros de partido, haciendo menos homogéneas la visión del responsable gubernamental y la del militante socialista. El Congreso de Valencia ha sido revelador; un delegado,

en la tribuna, pronunció: “Los ministros han de ser las gotas (godillot) del partido”; en su opinión, los militantes tenían la misión de vigilar a los camaradas-ministros, algo así como los comisarios políticos de los comisionados a funciones ministeriales...

“¿El godillot? Es un buen zapato”, replicó un ministro, “un zapato que todo militante se honra en ponerse”, y concluyendo con el deseo de que “en la acción, gobierno y partido sean solidarios para anclar a Francia a la izquierda, para cambiar la vida, para abrir verdaderamente la vía al socialismo”. Otro ministro invitaba a crear una nueva manera de militar: después del militante para la conquista del poder, el militante para la explicación. L. Jospin, secretario del PS, intentó hacer una síntesis entre la tendencia de la base y la afirmación de los ministros: “hemos de ser los guardianes del programa. Hemos de recordar al gobierno el programa, si hace falta, pero hemos de luchar con él en el país”. Una declaración más de corte formal que operativo, poco importa. Lo que importa a nuestro propósito es poder percibir ese desfase y la tónica general para llamar a una incorporación, de los militantes en el proceso de cambio.

MPRESCINDIBLE PARTICIPACION

Dar cuenta del bajo nivel de participación del público e intentar explicarlo, no implica calificar la experiencia socialista francesa de fracasada. Es más bien subrayar el carácter inédito, utópico, de una empresa que por su ambición precisamente ha de encontrar nuevos caminos. Y buscar nuevos caminos implica siempre tanteos.

El cambio de Mayo-Junio ha sido percibido como un cambio, pero tal vez no, en toda su dimensión de profundidad y de exigencia. Se trata de la instauración de una nueva sociedad, una sociedad participativa. Si el gobierno tuviese la solución, podría tal vez movilizar a la gente para apoyar esa solución, pero sería una solución venida de afuera. Ahora bien, la sociedad no es una máquina manejada desde el exterior por quienes saben y por quienes tienen el poder. Movilizar alrededor de un proyecto conocido, sería, desde ya, la muerte del propio proyecto. La Sociedad no es una unidad definida por un principio externo, es una unidad hecha y haciéndose por quienes se enfrentan. Al menos hace falta que quienes se enfrentan, despierten a su responsabilidad y utilicen el campo de libertad que les ha abierto la victoria del-81.